

Un episodio poco conocido de la vida del General:

## **ASALTADO Y ROBADO EN SALAMANCA**

*POR E. M. S. DANERO*

Entre los episodios de la heroica, andariega y riesgosa existencia que San Martín llevó en sus mocedades en España, uno hay que, por el matiz romancesco y muy de aquellos días, es digno de ser evocado. Además, en cuanto a lo anecdótico, es, por igual, de los menos conocidos, constituyendo, en cierto modo, una novedad para casi la mayor parte de los lectores. Conviene, desde ya, anticiparnos y hacer justicia al primero que de él se ocupó, hace cuarenta años<sup>1</sup>: el erudito historiador español don Juan Arzadún, ya que fue él quien descubrió en su repositorio de su patria el manuscrito del Libertador donde narra su ventura, posteriormente citado y glosado por los señores Pacífico Otero y Barcia Trelles.

Acaeció en las postrimerías del año 1801, noviembre o diciembre. Era San Martín segundo teniente en la cuarta compañía del primer batallón del regimiento de infantería de Murcia. Aquel grado lo había recibido por ascenso el 8 de mayo de 1795, y como tal, entre otras acciones de guerra, tenía en su heroico haber la participación en el combate que el 17 de julio de 1798 sostuvo en aguas de Cartagena la fragata Santa Dorotea con el navío de guerra inglés El León.

El siglo XIX, que, por su turbulencia, tan decisivo les resultaría a los españoles, habíase iniciado en la Península con la llamada “guerra de las naranjas”, que duró contados días y dejó derrotados a los portugueses, repentinamente huérfanos del apoyo de Inglaterra. El generalísimo Godoy, príncipe de la Paz, lograda con facilidad la victoria, a falta de los simbólicos laureles que correspondían, en mayo de 1801, desde el campo de Yelves, envió a su reina y bienamada María Luisa una corona formada con ramas cargadas de doradas y jugosas naranjas de la región conquistada. San Martín con su regimiento, intervino en la breve campaña, cruzando la frontera luso-española por los Algarves y estableciéndose en la plaza de Olivienza, que, con sus tierras aledañas, fue entregada a Carlos IV.

Godoy, con aquella experiencia afortunada, se percató de la necesidad urgente de rehacer y reforzar el ejército español. Napoleón había, además, ratificado el tratado de Badajoz. Tropas francesas penetraban más y más en la Península. Talleyrand no ocultaba su desagrado ni sus críticas al favorito, y en Francia era unánime la opinión de que con España no cabían las consideraciones. Por todo esto se ordenó el reclutamiento general.

1-Este artículo se publicó en una revista en 1950, en ocasión de conmemorarse el centenario del fallecimiento del Padre de la Patria.

De tal manera, el regimiento de Murcia, entonces con asiento en Salamanca, destacó comisiones de enganche hacia las ciudades y pueblos de provincia. Y el segundo teniente, José Francisco de San Martín y Matorras, con doce años de antigüedad en el cuerpo (había ingresado como cadete, en vida de su padre, también oficial del mismo, el 9 de julio de 1789), fue destinado a Valladolid.

No sabemos nada del resultado obtenido en su misión; pero, por el escrito que luego él mismo remitió al rey, deducimos que había recibido orden de restituirse al cuartel de Salamanca con sus banderas y la partida de reclutas enganchados en Valladolid.

Igualmente, de la lectura de dicho documento se infiere que el joven oficial, en cumplimiento de diligencias con la justicia de tránsito, demoró su partida, haciéndolo solo, distanciando así de la tropa que se le anticipara y montando, según barruntamos, un mal caballo.

Los caminos zamoranos en aquellos días, para no diferenciarse de los del resto de la Península, no brindaban muchas seguridades ni tranquilidad a quienes los recorrían. Fragosos e inhospitalarios lugares eran aquellos, según las guías. El marchar solo era más que temeridad. San Martín tuvo que hacerlo. Es probable, además, que en alguna venta o parada se comentara el viaje de aquel oficial con retraso, apartado de su tropa y al que se sabía portador de las cajas del destacamento. Emboscada o fortuita casualidad, lo cierto es que San Martín fue asaltado antes de llegar o, quizá, a poco de abandonar el poblado de El Cubo de Tierra del vino. El mismo lo dice: "....dirigiéndome a la ciudad de Salamanca tuve la desgracia de ser acometido por cuatro facinerosos.... Estos asesinos pretendieron desde luego despojarme de cuanto tenía, apoderándose de mi maleta, en la que llevaba tres mil trescientos cincuenta reales, remanente de mi comisión." Luego, con parquedad, detalla su actitud en tan peligrosa emergencia: "Acordándome de la profesión de que vivo y el espíritu que anima a todo buen militar, me defendí usando de mi sable, pero habiendo recibido dos heridas, una en el pecho, de bastante gravedad, y otra en una mano, tuve que abandonar los referidos efectos."

Lo que no dijo San Martín es que fue recogido por unos aldeanos y, casi exánime, conducido al pueblo de El Cubo, donde se le debió asistir y donde quiso la Providencia que se encontrara el inspector general de infantería, don Francisco Xavier de Negrete, el cual, en el informe que elevó a la Superioridad, confirma que San Martín fue robado y gravemente herido y que tuvo que suministrarle algún socorro para su persona y partida.

Este informe e instancia de San Martín para que se le perdonara la indicada cantidad perdida en el funesto accidente lleva la fecha de 6 de Enero de 1802, en Gibraltar, y se conserva en el Archivo Militar de Segovia. La súplica del mencionado jefe, agregada al mismo, lo está en Madrid el 26 del mismo. Y todavía, para demostrar la diligencia con que se despachó, diremos que se le había dado entrada en el campamento de Gibraltar el día 18.

Que San Martín fue escuchado y se le hizo justicia nos lo demuestra el que, unos meses después, el 26 de diciembre del mismo año, fuera nombrado segundo ayudante en el batallón de Voluntarios de Campo Mayor. En el ínterin se había firmado la paz de Amiens y San Martín mejorado de sus heridas, de las que posteriormente, en algunas circunstancias de su azarosa vida, alguna vez se sintió quejoso, al parecer.

Con su regimiento acampó bajo los muros de Gibraltar y Ceuta. Meses después, en Cádiz, como segundo capitán de infantería, lucharía, cual en una batalla, contra la peste que una vez más asolaba la plaza.

-----